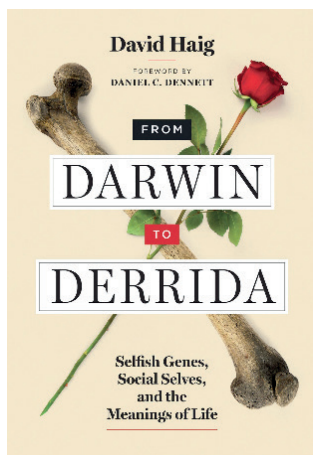


From Darwin to Derrida. Selfish Genes, Social Selves and the Meanings of Life.

DAVID HAIG

Massachusetts: THE MIT PRESS. 2020. 512 págs.



From Darwin to Derrida de David Haig puede ser entendido como una contribución al proyecto filosófico consistente en determinar cómo las cosas se relacionan entre ellas¹, uno que debería interesar a los filósofos en general, sin importancia del área del que provengan. La región específica de las cosas en las que el autor se centra abarca los productos de la evolución y ahonda en cómo la teoría evolutiva nos enseña a inteligirlos (a través, siempre, de una teleología naturalizada). Como biólogo evolutivo, David Haig ha venido desempeñando un papel decisivo a la hora de ampliar la teoría de la evolución centrada en el gen de Richard Dawkins, iluminando, en ese proceso, los fenómenos de la impronta genómica y el conflicto intragenómico². En el presente libro nos presenta un panorama general congruente con dicha perspectiva, tocando, en esa presentación, una variedad

¹ Sellars, W., "Philosophy and the Scientific Image of Man" en Robert Colodny (ed.), *Science, Perception, and Reality*. Humanities Press/Ridgeview. pp. 35-78, 1962.

² Dawkins, R., *The Selfish Gene*, Oxford University Press, 1976.

de controversias científico-filosóficas presentes en el campo de la biología. Una buena parte de sus capítulos son revisiones de trabajos previamente publicados, inclusive varios de los ensayos que aparecieron en la revista *Biology and Philosophy*. En aquellos otros que son completamente novedosos, Haig se atreve a transitar las turbulentas aguas de la intencionalidad y el significado, tratando, en ese proceso, de exorcizar los fantasmas de la comúnmente llamada “maquinaria semántica” (en lo que sigue, sin embargo, sugeriremos compañeros de viaje alternativos a Jacques Derrida).

Los filósofos, en general, apreciarán la familiaridad de Haig con la literatura filosófica contemporánea, así como con la forma en que sitúa históricamente determinadas controversias y los términos implicados en ellas. Los puntos más obvios, en este sentido, serían la cuestión de la teleología en la ciencia o la cuestión del significado, a los cuales haremos alusión más adelante. Aparte de ello hay, sin embargo, otros, tales como el debate en torno a la identidad personal, donde la figura de Adam Smith es de vital importancia (véase el capítulo 8); cómo replantear el estatuto de la fenomenología y la hermenéutica sin presuponer una separación entre ciencias del espíritu y de la naturaleza (véase el capítulo 15); o, incluso, una tentativa de exploración de cuestiones ligadas a la autoría (véase, entre otros lugares, la introducción).

Desde un punto de vista más doctrinal, los filósofos de la ciencia, primero, valorarán la afición de Haig por identificar los “embrollos semánticos” hallados en el corazón de la controversia científico-filosófica, así como su insistencia en el poder de las distinciones para desanudarlos (p. 197). Estos no serán los únicos en interesarse por el proyecto de naturalización de Haig. También lo harán, presumiblemente, los filósofos morales atraídos por los influyentes intentos de aprovechar la teleología biológica para sus propios fines (siendo Korsgaard³, Thompson⁴ y Foot⁵ tres ejemplos de ello).

Huelga puntualizar que el naturalismo de Haig está, además, transitado por un espíritu pragmático que es común en muchos científicos en activo y al que deberían estar más abiertos los filósofos. Para un espíritu tal, la prueba es el componente fundamental, y una investigación filosófica adecuada no debe sino acomodarse a ella. Haig ha generado muchas investigaciones empíricas fructíferas desde el punto de vista del “gen estratégico”, pero también lo han hecho otros biólogos con los que se enfrenta desde orientaciones teóricas alternativas. El espíritu pragmático de Haig

³ Korsgaard, C., *Self-Constitution*. Reino Unido, Oxford University Press, 2009

⁴ Thompson, M., *Life and Action: Elementary Structures of Practice and Practical Thought*. Estados Unidos, Harvard University Press, 2008.

⁵ Foot, P., *Natural Goodness*, Reino Unido, Oxford University Press, 2001.

respetar las herramientas utilizadas para una investigación fructífera, pero sin insistir en lo que Daniel Dennett, autor del prólogo del libro y una de sus mayores influencias, ha llamado la actitud de “realismo de vigor industrial”⁶. Tampoco insiste, por cierto, en que solo pueda haber una teoría. Aunque Haig se defiende de forma hábil y solvente contra sus críticos, a su vez desmiente, él mismo, el estereotipo aún reinante de los adaptacionistas como “panglossianos totalizadores”⁷. Su postura, en fin, puede ser calificada de pluralista y conciliadora, algo que queda bien reflejado en los capítulos “Sameness and Difference” y “Fighting the Good Cause”, donde el autor se compromete con programas de investigación biológica alternativos sobre cuestiones de homología (relacionadas, más específicamente, con asuntos de individuación biológica) y de teoría de los sistemas de desarrollo.

Las estrategias teleológicas para dar sentido al mundo, ora humano ora natural, son omnipresentes y puede que incluso tengan una fuente innata⁸. Es notable, en ese sentido, que éstas aparezcan con tanta recurrencia en los infantes y que fuera un componente central no solo de uno de los primeros y más amplios intentos de elaborar una teorización sistemática del mundo (a saber, Aristóteles), sino también de todo el pensamiento griego. La teleología, en fin, ha permanecido viva a lo largo de la historia, pese a los continuos esfuerzos de su pulverización desde el mismo comienzo de la era científica (remitimos al primer capítulo de Haig para este asunto, que bien podría ser considerado uno de historia de la ciencia). Según muchos, incluido el propio autor, es un error tan tentador como real pensar que Darwin contribuyó a despedirse de la teleología de una vez por todas, aunque la evolución por selección natural haya alterado nuestra forma de pensarla. Para Haig, la apelación a causas finales (el uso de la terminología aristotélica es una constante en su libro, algo que le convierte en una lectura de interés para especialistas en este pensador), a funciones al interior de la biología, es una forma efectiva de resumir o condensar patrones históricos especiales de causas eficientes, patrones a los que él llama “procesos recursivos” y en los que todas las poblaciones sometidas a la selección natural participan (p. 230).

Esta forma de expresarlo puede dar a entender que la posición de Haig en lo que a la teleología respecta es instrumentalista más que realista. En efecto, su concepción de la teleología no es ni la de Aristóteles ni la de Kant, en tanto esta última demanda algo más que una justificación pragmática o una interpretación a posteriori

⁶ Dennett, D., “Real Patterns”, *Journal of Philosophy*, 88(1), pp. 27-51, 1991.

⁷ Gould, S. J. y Lewontin, R. C., “The Spandrels of San Marcos and the Panglossian Paradigm”. *Proceedings of the Royal Society*, B, 205, pp. 581-598, 1979.

⁸ Keleman, D., “Teleological minds: How natural intuitions about agency and purpose influence learning about evolution” en Rosengren, K. y Evans E. M., *Evolution challenges: Integrating research and practice in teaching and learning about evolution*. Reino Unido, Oxford University Press, 2011.

de los hechos científicos. Haig trata de destacar, sin embargo, la importancia del pensamiento teleológico en la evolución, enfatizando cómo una completa y puramente eficiente descripción causal de los eventos biológicos sería inútil o directamente imposible. En medio del vasto océano de las causas eficientes que producen efectos biológicos hay procesos cruciales que son incapturables sin las herramientas de pensamiento de la teleología (pp. 233-234). Es bien sabido que una cantidad importante de biólogos no están de acuerdo con este punto de vista y estiman, por tanto, que la teleología es eliminable. Lo que éstos no saben, en su opinión, es hasta qué punto confían en ella a la hora de llevar a cabo sus teorizaciones. No trataremos de hacer balance aquí de la susodicha controversia: nos basta con constatar que el papel de la teleología en el entendimiento humano del mundo sigue siendo un lugar de profundos enfrentamientos teóricos que atañen tanto a filósofos como a científicos. Lo que sí nos atrevemos a afirmar es que Haig está a la vanguardia de este debate, siendo un pensador muy bien informado filosóficamente. Su voz es una que, a todas luces, ha de ser escuchada.

El uso por parte de Haig de términos tales como “propósito”, “agencia” y “estrategia” no debe concebirse como una confirmación del uso de nuestra teleología manifiesta⁹, lo cual es meritorio. Haig perfora esta imagen mayormente a través de la constatación de que los organismos no son simples unidades de propósito, bien sea el suyo o el de su genoma, sino la construcción engorrosa de equipos de genes estratégicos en competición. La lógica de la teoría de la selección de parentesco permite asimetrías de interés para los alelos derivados maternalmente frente a aquellos otros derivados paternalmente. En las especies no monógamas, en particular, es más probable que los primeros tengan copias en los hermanos cercanos que los segundos, lo cual confiere a cada uno de ellos diferentes probabilidades de perpetuación junto con las estrategias que las acompañan. La teorización sobre la lucha resultante entre los dos grupos ha llevado a Haig a lugares fascinantes, lo cual, por sí solo, sería una razón para leer el libro.

Por último, consideramos que el desafío filosófico sobre la unidad de los individuos (yoes, entidades corpóreas...) es también de gran valor. ¿Cómo cambiaría nuestra visión de las mentes y los yoes si partiésemos de los genes y los organismos, en vez de reaccionar defensivamente ante ellos? Esta pregunta no entraña por nuestra parte un compromiso firme con el acercamiento de Haig, sino más bien una llamada a tomársela en serio, ampliando, así, las posturas conceptuales actualmente existentes en el panorama filosófico. Su trabajo provee, en fin, un gran ejemplo de cómo una cuidadosa atención a los desarrollos empíricos en las ciencias puede

⁹ Sellars, W., “Philosophy and the Scientific Image of... op. cit.

trastocar hábitos del pensamiento demasiado bien arraigados en el campo de la filosofía.

Si los argumentos de Haig en buena parte del libro remiten a un compromiso firme con la utilidad empíricamente fructífera del pensamiento teleológico, el último tramo, que aborda el “significado”, tiene como objetivo más directo exorcizar los fantasmas metafísicos mediante un cambio de perspectiva. Haig propone identificar los significados con eventos discretos, esto es, con “acciones” realizadas por cualquier cosa que sea capaz de “interpretar” información (en el sentido técnico de Shannon-Weaver). Un ejemplo de ello sería el *output* de proteínas resultante de la interacción de un ribosoma con el ARN mensajero. Si seguimos a Haig, “interpretación” y “significado” serían eventos omnipresentes existentes desde hace miles de millones de años y capaces de ser leídos como cualquier proceso biomecánico. ¡Nada, pues, de fantasmas (del significado)!

No queda del todo claro, sin embargo, por qué es necesaria esta redescrición ni cómo nos puede ayudar. En este sentido, Haig no aclara en qué se diferencia su marco conceptual de aquellos otros anteriores que tratan de localizar el origen del significado en la evolución biológica y la señalización prehumana¹⁰. Tampoco su imagen de interpretaciones sobre interpretaciones, sin remisión a otros significados últimos que las aseguren, es extraña a la filosofía analítica del lenguaje: precisamente ello está en el corazón de la teoría del significado tanto de Quine como de Davidson. Puede que la novedad resida en su insistencia en el nominalismo, bajo el cual cada significado sería un evento espacialmente localizado. Si este fuese el caso, convendría, entonces, recordar la lección anteriormente señalada en lo tocante a la teleología: del mismo modo que es útil generalizar sobre propósitos y funciones para captar las cualidades especiales de procesos recursivos, sería extremadamente útil hacerlo para hablar de “significado” más allá de expresiones y acciones específicas. Para, si se prefiere, teorizar sobre procesos especiales de comunicación, razonamiento u otros fenómenos. Celebraremos ver más frutos resultantes del marco conceptual de Haig en lo tocante al significado, teniendo en cuenta que, sin embargo, queda por argumentar cómo el suyo encaja con otros ya existentes (cómo los mejora o, por qué no, los socava).

ENOCH LAMBERT, ADRIÁN SANTAMARÍA PÉREZ

¹⁰ Millikan, R., *Language, Thought, and other Biological Categories*, Estados Unidos, The MIT Press, 1984. También Skyrms, B., *Signals: Evolution, Learning, and Information*, Reino Unido, Oxford University Press, 2010.

